

ASPECTOS COMUNES Y DIFERENCIALES EN LAS REINSERCIONES SOCIALES DE LOS ALCOHOLICOS Y DE LOS OTROS TOXICOMANOS NO ALCOHOLICOS

JORDI VILA-ABADAL VILAPLANA

Psiquiatra

Toda relación se establece entre dos términos. La reinserción es una relación que se establece entre dos términos también: por una parte la persona que se reinserece y, por otra, la sociedad donde se reinserece. No podemos, por tanto, considerar la reinserción sin tener en cuenta los dos aspectos siguientes: la actitud de la sociedad hacia las personas que se reinserecen (alcohólicos u otros toxicómanos), y la actitud de estas personas hacia la sociedad donde lo hacen.

Vamos a ver, pues, aunque de una manera muy esquemática, en primer lugar cuál es la actitud de la sociedad hacia los antiguos toxicómanos para ver cómo puede influir en la reinserción de estos últimos.

Vemos que la sociedad presenta, a primera vista, una actitud de rechazo de los toxicómanos, sean los que sean.

Examinándolo, sin embargo, más de cerca, nos damos cuenta que esta actitud de rechazo no es homogénea en los diversos tipos de toxicomanía. No es la misma si se trata de la toxicomanía alcohólica o si se trata de las otras.

Esta diferencia la encontramos ya, y como base de todo, en la consideración que la sociedad hace de la clase de droga que se utiliza en un caso u otro.

En cuanto a la droga-alcohol, hemos de decir que la sociedad (nos referimos naturalmente a las sociedades latino-europeas) no tiene mala disposición. Todo lo contrario, la sociedad valora la droga-alcohol o las bebidas que la contienen (que viene a ser lo mismo).

Podemos resumir en una sola las diversas causas de esta valoración que la sociedad hace del alcohol: la razón por la cual el alcohol como bebida es valorado es porque se trata de una sustancia doméstica en nuestra vida social, es una cosa de casa, propia de nuestra historia y sociedad. Esto sólo hace que sea considerada con buenos ojos, y que se les busquen toda clase de virtudes. De éstas, unas pocas, son innegables, como son los valores gastronómicos de las bebidas alcohólicas. Las otras son inventadas por la fantasía popular (dirigida o no) y forman parte de la mitología de nuestra cultura (cuando decimos "cultura" lo hacemos en el sentido antropológico del término, no en el sentido académico).

Respecto a las otras drogas, las drogas ilegales, la actitud es totalmente diferente. Son rechazadas de entrada por la sociedad en general.

Y, resumiendo también aquí las causas de este repudio total, vemos que lo que sucede es que las otras drogas no son sustancias domésticas, no son de uso corriente en nuestras comunidades y no han sido nunca asimiladas históricamente por ella. De aquí que únicamente se consideren sus defectos, su peligrosidad, y no se intente buscarles ni inventarles alguna virtud, como se hace con el alcohol.

Una apreciación distinta de las drogas por parte de la sociedad repercute sin ninguna duda en la apreciación que la sociedad tiene de los que utilizan una u otra clase de droga.

Así vemos, por lo que respecta al alcohol, que en principio su consumidor es socialmente bien aceptado. Incluso, hasta considerado y admirado. La vieja expresión "vino y mujeres" de las canciones de divulgación popular traiciona, todavía hoy, el inconsciente colectivo de las culturas carpeto-vetónicas, marcadamente machistas e iluministas. Y el dicho "al pan, pan, y al vino, vino" expresa el inconsciente colectivo de las culturas catalanas más positivistas y hedonistas. Y, aunque hoy día nuestras culturas están muy desdibujadas en sus aspectos diferenciales por la influencia americanizadora que tiende a despersonalizarlas y están, por la misma razón, polarizadas casi exclusivamente de cara al lucro económico, encontramos, sin embargo, que continúan más que nunca exaltando la figura del bebedor. De manera que llegan a hacerlo una clase de héroe, de ser privilegiado que merece entrar en el mundo fabuloso de una bella amazona que cabalga, a pelo, un magnífico corcel blanco (recordad la propaganda de "no sé qué bebida").

De hecho, nuestra sociedad no rechaza al bebedor, por muy bebedor que sea, sino que al que rechaza y condena es al que no aguanta, al que resulta vencido por el alcohol y acaba siendo su víctima. Es decir, el falso héroe que pretende serlo, enfrentándose con el alcohol, y no es capaz de serlo. Por eso, éste merece primero

ser la burla y después merece el desprecio de la sociedad. Todos los que tienen experiencia de tratamiento o trato de alcohólicos conocen diversos casos de éstos, que son perfectamente tolerados por la sociedad, porque han conseguido guardar las apariencias y mantener secreta su debilidad, su dependencia del alcohol.

El alcohólico para nuestra sociedad es, sobre todo, un vencido, un culpable.

Culpable y vencido vienen a ser sinónimos en el pensamiento mágico o mítico de la sociedad; en el código socio-moral del consenso social implícito, que no es el código concreto y escrito, pero que es el auténticamente vigente y limitador que la sociedad impone a todos sus miembros, por eso podemos calificar indistintamente el alcohólico, visto por los ojos de la sociedad, como a un culpable o como a un vencido.

El alcohólico, pues, es aquel que queda vencido por el alcohol, que es débil, o aquel que usa el alcohol con fines tortuosos, es decir, el que peca contra los sagrados usos y costumbres de la sociedad usadora del alcohol.

Ahora bien, en cuanto al consumidor de otras drogas éste sí que es totalmente rechazado por la sociedad, y lo es desde el principio, desde el primer contacto que tiene con ellas y por el solo hecho de atreverse a hacer uso de ellas.

Usar una sustancia prohibida, una sustancia extranjera, extraña a la sociedad, equivale a excluirse de esta sociedad. Atreverse a ingerir sustancias no domesticadas, es decir, sustancias que escapan del control experimental de la propia comunidad donde se vive y por tanto sustancias tabú, equivale a hacer un verdadero acto sacrílego, de apotasia, en cierta manera viene a ser como un acto de posesión o brujería.

En efecto, únicamente son considerados seres humanos con propio derecho aquellos que entran en el patrón que más o menos conscientemente se ha trazado la sociedad donde vivimos, y el que asimila sustancias extrañas a ésta, sustancias tabú, entra en comunión con los espíritus extrahumanos, los espíritus infernales.

Naturalmente que aquí estamos hablando del pensamiento colectivo, hablamos del juicio nunca explicado, pero real y enormemente constructivo que tiene toda comunidad humana, gracias al cual se rechazan o se aceptan los hechos, las cosas y las mismas personas. Hablamos, pues, del inconsciente colectivo. No hablamos del juicio consciente, gracias al cual los alcohólicos son rechazados por su abstención laboral, porque se pelean en la calle, porque golpean a su mujer o porque abandonan el cuidado de los asuntos domésticos; y los otros toxicómanos lo son porque se convierten

fácilmente en delincuentes, van sucios y no trabajan. Estas son las razones conscientes que da la sociedad que los niega, pero en la base de estas razones, y alimentando un sentimiento de animadversión, existe el inconsciente colectivo que rechaza al alcohólico porque es un culpable o un débil, y al drogadicto porque es un apóstata o un brujo.

Pues bien, bajo el punto de vista de la sociedad a la que se ha de reintegrar el antiguo alcohólico o el antiguo drogadicto no alcohólico, este inconsciente colectivo juega un gran papel y dificulta muchísimo, por sí solo, la reintegración. Todo esto es aparte de las razones concretas de cada momento que vive la sociedad, como son hoy día el problema de la inflación o la falta de puestos de trabajo, o como la incompatibilidad de carácter entre dos esposos concretos, etcétera.

De todas formas, y por lo que hemos visto, podemos suponer que la respuesta que el sentimiento colectivo provocará en la sociedad será diferente en el caso del antiguo alcohólico y en el caso del antiguo toxicómano no alcohólico que han de reintegrarse. Porque el primero, sobre todo si ha probado que actualmente no está dominado por el alcohol, es considerado como un culpable que ha hecho penitencia y vuelve al buen camino, como alguien que ha hecho el buen propósito de no incurrir más en empresas superiores a sus fuerzas y que están reservadas a los verdaderos héroes. De cara a éste los espíritus misericordiosos y comprensivos podrán volver a abrir las puertas del trabajo, la familia, el círculo de amistades, etc. Y si el antiguo culpable aguanta mucho tiempo sin volver a "caer", la comunidad puede acabar olvidándose de las "faltas" pasadas. A pesar de todo siempre será mirado con cierta condescendencia, ya que se le considerará un ser débil por el hecho de no poder participar nunca más en la bebida sagrada de la comunidad. (No hace falta decir que hablamos en términos generales, y que ello no prejuzga que no haya unos determinados grupos sociales muy concretos y restringidos que sí sean capaces de readmitir al antiguo alcohólico con toda naturalidad.)

Por lo que respecta al antiguo toxicómano no alcohólico, el inconsciente colectivo ofrece mucha más resistencia a admitirlo. En efecto, no se trata ya de tener suficiente generosidad y comprensión para aceptar un "culpable" que ha hecho penitencia, como en el caso del antiguo alcohólico, sino que se trata de admitir a un poseído, un brujo que ha dejado de serlo en activo. Pero solamente en activo, porque, ¿quién estará siempre seguro que un poseído o un brujo ha dejado de serlo definitivamente? ¿Quién puede asegurar que no reaparecerá nunca su antigua condición? ¿Cómo estar seguro, pues, ante un caso así?

Se comprende, pues, que la resistencia inconsciente de la sociedad en lo que se refiere a la reintegración del antiguo toxicó-

mano no alcohólico se haga más seria que en el caso de los antiguos alcohólicos. Sin embargo, hay una circunstancia que también afecta al instinto colectivo y que juega a favor de estas personas y mitiga la dificultad de aceptación, y es el hecho que la mayoría de ellos son adolescentes o jóvenes, y ello desvela las entrañas maternas que todavía perduran en este instinto colectivo. Y el sentimiento maternal de la sociedad, aunque cada vez sea más escaso, no puede admitir que sus jóvenes hijos sean considerados malos en sí mismos y tiene la necesidad de atribuir sus desviaciones, no a su maldad intrínseca, sino a las indefinidas "malas compañías". Esto hace que la comunidad tenga cierta buena disposición a readmitir los hijos pródigos, si se asegura que no volverán con las compañías desviadoras que los habían apartado del buen camino. Este hecho puede mitigar el rechazo radical instintivo respecto al antiguo endemoniado o brujo del que hablábamos, y permite encontrar, a pesar de todo, algunos grupos sociales capaces de admitir, al menos un tiempo, a los antiguos toxicómanos no alcohólicos en su seno (pensemos, por ejemplo, en las llamadas familias de acogida).

Después de esta rápida y simplificada visión de la actitud que tiene la sociedad hacia los antiguos toxicómanos alcohólicos y no alcohólicos, haremos también un breve esbozo del otro término de la relación, es decir, de la actitud que tienen los antiguos toxicómanos, alcohólicos o no, hacia la sociedad.

En cuanto a los antiguos alcohólicos, éstos, en general, una vez se han mentalizado, han reflexionado y concienciado suficientemente, su actitud hacia el resto de la sociedad no acaba nunca de liberarse de un cierto sentimiento de culpa. Por más que se les haya repetido, y ellos se repitan a sí mismos y a sus compañeros de desventura que su problema es el de una simple enfermedad, y no un vicio o un pecado, no pueden ignorar la conducta inconveniente que han tenido bajo esta supuesta enfermedad. Incluso admitiendo que se trata de una enfermedad, no hay duda que las reacciones que ven a su alrededor les hacen pensar que se trata en todo caso de una enfermedad en cierta manera moral.

Muchos intentan superar el sentimiento de culpabilidad culpando a su vez a la sociedad, no sin razón, porque hace publicidad del alcohol, porque los poderes públicos hacen una política que fomenta el alcoholismo, porque el sistema educativo no prevé los peligros de consumo del alcohol, etc. Pero a pesar que hacen una denuncia, bien justificada repito, de la sociedad, no pueden dejar de considerar que no toda la sociedad es culpable. Que los médicos, asistentes sociales y otro personal que los han tratado no son culpables, que a menudo sus familias tampoco lo son, ni tampoco las empresas donde han trabajado, y, sobre todo, no pueden ignorar que hay un gran número de personas que beben alcohol y no por eso llegan a ser alcohólicos, como ellos. Les queda pues, a pesar

de todo, un cierto sentimiento de culpabilidad más o menos consciente y éste los predispone a volver a ser admitidos en la sociedad de las personas "normales", porque les es imprescindible para considerarse a sí mismos de estas personas "normales". Por lo general, pues, el antiguo alcohólico presenta una buena disposición para volver a la sociedad de la que la drogadicción le había separado.

En cambio, en los antiguos toxicómanos no alcohólicos la actitud es muy distinta.

Los jóvenes y adolescentes a quienes nos referimos en estos casos, acostumbran a tener una actitud hacia la sociedad muy distinta de la que tenemos nosotros y de la que tienen los antiguos alcohólicos. Son gente que por convicción o para autojustificarse repudian la sociedad en la que les ha tocado vivir, no se sienten con ninguna deuda hacia ella. Parten de dos principios básicos: primero, la sociedad en que vivimos es una sociedad esencialmente falsa, hipócrita y no les ofrece ningún valor verdadero, y, segundo, a ellos nadie les pidió permiso para ponerlos en esta sociedad y, por tanto, no se sienten vinculados a ningún tipo de deber hacia ella. Partiendo de estos dos principios, que no dejan de ser ciertos en un alto grado, toman la actitud de repudio de la sociedad que los ha repudiado a ellos primero, después de haberlos engañado miserablemente, ofreciéndoles falsos paraísos, el falso paraíso de la droga. (Porque no lo olvidemos, la droga también es esta sociedad quien se la ofrece. Lo que condena con una mano, con la otra se les ofrece; mientras con ésta se les ofrece, con la primera se les pune.)

Dentro de una lógica no del todo desechable, consideran que aquellos miembros de la sociedad que les han ofrecido los falsos paraísos de la droga no son distintos de aquellos otros miembros que les ofrecen los falsos paraísos del éxito económico, del éxito profesional, del prestigio público, de la felicidad conyugal, etc. Incluso nos consideran falsos a nosotros, que intentamos ayudarlos en su desgracia, porque no pueden admitir que individuos como los médicos, asistentes sociales y sanitarios, que son respetados y tenidos en honor dentro de esta sociedad totalmente falsa e interesada, no sean también falsos e interesados como el resto de la comunidad. Así es cómo con esta argumentación, que peca por simplismo, pero que no está carente de lógica, llegan a una actitud de repudio total de la sociedad, o más propiamente justifican su actitud de repudio total de la sociedad y, por tanto, al mismo tiempo, justifican su proverbial irresponsabilidad.

Esta actitud de irresponsabilidad viene en gran parte aumentada por un cierto "angelismo" que padecen. Con ello queremos decir lo siguiente: su misma edad les hace pecar del gran simplismo que hemos visto, y este simplismo los lleva a una falsa actitud de inocencia angélica: dado que ellos no son responsables de haber na-

cido y además condenan la sociedad actual, se consideran libres de todos los pecados y penas de esta sociedad y, por tanto, de todas las cargas connaturales a su condición humana. Actúan como si estuvieran libres de "pecado original", podríamos decir, como si el hecho de decir "nosotros no somos de ese mundo" fuera suficiente para estar libres de todas las servidumbres y limitaciones que significa haber nacido, ser humano y haber nacido en esta sociedad, aunque no se haya elegido.

Este angelismo explica, por una parte, la actitud paradójica que estén siempre dispuestos a usar y abusar de cualquier ventaja de la misma sociedad que repudian (por ejemplo, que sean unos consumidores acabados). Y, por otra parte, que no lleguen a asimilar la necesidad de tener que esforzarse para superar las limitaciones de una condición humana que no han elegido, pero que tienen, ni la necesidad de asumir unas responsabilidades que comporta el hecho de convivir en una sociedad de la que, aunque no lo hayan escogido, quieran o no son parte integrante.

Repudio de la sociedad, "angelismo", son características típicas de los jóvenes toxicómanos. A ello hay que añadir también necesidad de protagonismo.

En efecto, gran parte de los jóvenes y adolescentes que penetran en el camino de la drogadicción, son seres que acusan la indiferencia con que son tratados, sea por sus mayores más allegados, sea por la sociedad en general, y además no están dispuestos a entrar en el juego competitivo y altamente opresivo de nuestra sociedad. Se encuentran como seres marginados, dejados de lado por la sociedad, por lo tanto menospreciados e ignorados por ella. Y como no son tan "angélicos", como ellos creen, ni tan capaces de vivir prescindiendo de esta sociedad falsa y reprobable, experimentan un oculto y profundo deseo de sentirse considerados por la gente. Por eso la mayoría de ellos se adentran en los avatares de la droga con un oculto afán de protagonismo y como evidente necesidad de llamar la atención.

Actitudes totalmente comprensibles en adolescentes que se ven marginados o enfrentados a una sociedad sin entrañas y competitiva a ultranza.

No teniendo más remedio que explotar su joven condición y su desgracia e infortunio para llamar la atención y la piedad de los mayores, juegan el juego de víctima inocente y joven, y llevan el juego hasta los últimos límites; con su lento suicidio echan en cara a la sociedad su indiferencia y dureza de corazón. Actúan como bonzos que denuncian con el oscuro incendio de su miseria y desprecio la injusticia de la sociedad, al tiempo que reclaman de ella con desesperación, y como no queriéndolo, ayuda y piedad.

Ahora bien, estas actitudes no solamente son propias de los toxicómanos no alcohólicos, sino que también son compartidas, en más o menos grado, por una gran parte de individuos de su generación. Los que no forman parte de su generación no siempre, ni mucho menos, tienen argumentos convincentes para hacerles cambiar de actitud. Y la primera consecuencia de todo esto es que los antiguos toxicómanos, aunque liberados del dominio de la droga, no cambian tan fácilmente la actitud de rechazo hacia nuestra sociedad. O sea, que pasar de tóxico a antiguo tóxico no significa hacer aquella conversión, es decir, aquel cambio de pensamiento hacia la sociedad que hace el alcohólico que pasa a ser antiguo alcohólico. Por tanto, en el antiguo toxicómano no alcohólico perdura, en más o menos alto grado, el rechazo de la sociedad. (No hace falta señalar que hablamos en líneas generales, no afirmamos que no haya casos en que se dé el cambio.)

RESUMEN

Resumiendo ahora los rápidos esbozos que hemos pintado primero de la actitud de la sociedad hacia los antiguos toxicómanos alcohólicos y no alcohólicos, y después la actitud de éstos hacia la sociedad, podríamos decir:

- a) La sociedad tiene una actitud de humilladora condescendencia hacia los antiguos toxicómanos-alcohólicos. En cambio, su actitud es de rechazo hacia los no alcohólicos, mitigada ligeramente por su instinto maternal y la condición de jóvenes que acostumbran a presentar éstos.
- b) Los antiguos alcohólicos tienen finalmente una buena disposición de cara a la readmisión en la sociedad, hacia la que se siente poco o muy culpable. En cambio, los antiguos toxicómanos no alcohólicos poseen una actitud negativa a ser readmitidos en una sociedad que repudian y de la que no se sienten ni poco ni muy responsables.

CONCLUSIONES

Las conclusiones que podrían extraerse de las pocas cosas que hemos dicho son muchas. Intentaremos, sin embargo, dar algunas de las que nos parecen más obvias:

En primer lugar, las que hacen referencia a la reinserción de los alcohólicos. Sobre ello podríamos concluir que:

- a) Esta reinserción nunca será hecha con total igualdad dentro de nuestra sociedad, en tanto ésta no desmitifique las bebidas alcohólicas y mantenga, en consecuencia, una actitud de condescendencia humilladora hacia el antiguo alcohólico.

Mientras no se considere que el único valor que tienen las bebidas alcohólicas es puramente gastronómico, y no se reconozca los grandes inconvenientes o anti-valores que, en cambio, comportan.

- b) Mientras esta reinserción no sea hecha con naturalidad, será mayor la necesidad que tendrá el antiguo alcohólico de continuar dependiendo de los grupos de terapia o de la relación personal con el terapeuta.
- c) En tanto dure esta actitud social se darán —y hasta pudieran fomentarse— las actitudes de autosatisfacción y autovaloración que tienen algunos “ex-alcohólicos” por el hecho de haber sido capaces de superar una cosa tan difícil como es la dependencia. Esta actitud, como la acusación contra la sociedad antes citada, también se adopta en gran parte para compensar la actitud de rechazo o de humilladora condescendencia que los antiguos alcohólicos soportan de parte de la sociedad. Y a menudo tiende también a compensar el sentimiento de culpabilidad que esta actitud de “perdonadas” favorece en el antiguo alcohólico.
- d) Los que seamos conscientes habremos de continuar luchando para conseguir progresivamente la desmitificación de la bebida alcohólica por parte de la sociedad.
- e) En general no podemos mezclar los esquemas de reinserción social de los antiguos alcohólicos y de los otros toxicómanos no alcohólicos.

Por lo que respecta a los antiguos toxicómanos no alcohólicos, podemos hacer las siguientes conclusiones:

- a) Los esquemas de reinserción social no pueden coincidir con los de los antiguos alcohólicos. (Naturalmente se ha de hacer la excepción de aquellos alcohólicos adolescentes o jóvenes que han hecho un alcoholismo de substitución o simultáneo de las otras toxicomanías.)
- b) La reinserción de los antiguos tóxicos no alcohólicos a menudo tomará expresiones poco integradas en la sociedad actual, e incluso más que de una reinserción se tratará de un cierto enfrentamiento o contestación, aunque se presente en forma pacífica.
- c) Únicamente es posible dedicarse a la recuperación de los tóxicos no alcohólicos si se está dispuesto a asumir la “mise en question” (la puesta en duda) de nuestra sociedad y del rol que uno mismo ejerce.